

dogmáticas, hallándose en ellas una metafísica profunda, y una estension de ideas prodigiosa para su siglo. Tenemos tambien de él gran número de meditaciones y oraciones que respiran una tierna piedad; y mas de cuatrocientas cartas, de donde pueden sacarse muchos conocimientos útiles para la inteligencia de los negocios en que tuvo parte.

15. Ocho dias despues que este grande hombre, murió tambien San Hugo, no menos grande en el órden de la prelatura inferior, que egirió durante sesenta años sobre la floreciente congregacion de Cluny, que llegó en su tiempo al mas alto grado de esplendor; pero no tardó en decaer despues de su muerte. Ponce, su sucesor, y que por el pronto mostró sabiduría y modestia, se dejó llevar en lo futuro de un orgullo tal, que le hizo incurrir en ligerezas y debilidades ridículas que hicieron muy poco favor á su órden, y le originaron muchos disgustos. Habia San Hugo tenido por amigos á todos los personajes mas santos y mas ilustres de su tiempo: fue constantemente querido de Didier, abad de Montecasino y despues Papa con el nombre de Víctor III, del Papa Urbano II que le miró siempre con la afectuosa atencion de un discípulo para con su maestro; del Emperador Enrique el Negro, de la Emperatriz Inés, y aun de su hijo Enrique IV. Ganó el corazón y la confianza de Alfonso VI, Rey de Leon y de Castilla, por cuyas liberalidades levantó la magnífica iglesia que todavía subsiste en Cluny; y tambien y con mas utilidad le apreció su Soberano el

Rey Felipe, á quien la Providencia hizo sobrevivir el tiempo necesario para confirmarle en los sentimientos de penitencia que él habia contribuido tanto á inspirarle.

Espiró este Príncipe en Mehen nueve meses antes que San Hugo, mas verosímilmente en 28 ó 29 de Julio que en 3 de Agosto, como dicen algunos autores. Es por lo menos incontestable que en este último dia consagraron á Luis VI por los consejos de Ivon de Chartres, y que Ivon no asistió á la muerte de Felipe. Importaba esta ceremonia á la tranquilidad del estado, á causa de lo descontentos que algunos señores estaban con Luis, y eligieron á la ciudad de Orleans mas bien que á la de Rems muy agitada por un cisma, pero que no dejó de reclamar su antigua prerogativa.

16. Alfonso de Castilla murió en 29 ó 30 de Junio de 1109, despues de haber despojado á los moros de la ciudad importante de Valencia, y de haber logrado contra los mismos otras muchas victorias que parecieron maravillosas (\*). Nada hubo mas señalado

(\*) Las frecuentes victorias que Alfonso VI reportó de los moros, hubieran tal vez bastado para destruir todo el poder de los infieles en España, á no haber entrado en ella los almorávides llamados por el mismo Rey como auxiliares, y que despues se alzaron con todo el dominio de los moros y se manifestaron enemigos de los cristianos. Para continuar esta guerra hizo D. Alfonso estrecha alianza con Felipe, Rey de Francia, por cuya órden pasaron á España los condes de Borgoña y Tolosa y Enrique de Besanzon que en adelante fundó el reino de Portugal. El conde de Borgoña llamado D. Ramon casó con Doña Urraca, hija

en clase de maravillas que el valor del general Rodrigo Díaz de Vivar, tan famoso en la historia de España bajo el nombre de el Cid. Despues de la muerte de este héroe invencible, las tropas castella-

legítima de Alfonso VI, y fue nombrado conde de Galicia. Con este auxilio y con nuevos egércitos que reunió el Rey en Castilla y Leon volvió á hacerse superior á los almoravides, cuyo gefe ni aun se atrevió á recibir la batalla que le presentaron los cristianos, antes bien huyó de noche abandonando su campo, y procurando despues ajustar algunas treguas.

Durante esta campaña, conquistó el valiente Ruy Diaz de Vivar despues de grandes luchas nuestra nobilísima ciudad de Valencia, apellidada desde entonces, y con razon, Valencia del Cid, como antes se decia de los Edetanos. Todos nuestros historiadores refieren á la larga, tanto esta como otras muchas acciones de todo punto admirables de aquel hombre extraordinario; nosotros debemos particularmente alabar su piedad y celo por la Religion, de que dió una brillante muestra inmediatamente despues de su principal conquista. Estaba entonces la iglesia de Valencia, como en la mayor parte de las ciudades dominadas tan largo tiempo por los moros, sin pastor y con muy corto número de sacerdotes y ministros inferiores, de suerte que los cristianos que permanecian en ella se veían privados en la mayor parte de los auxilios espirituales. Viendo el celoso conquistador en tan triste situacion á los fieles valencianos, negoció con el arzobispo de Toledo D. Bernardo y con el Rey D. Alfonso, que se nombrase un obispo para Valencia; y fue elegido y consagrado un canónigo de Toledo llamado Gerónimo, hombre de grandes prendas y virtud. Ocupó este la silla de Valencia, purificó nueve mezquitas consagrándolas en otras tantas parroquias, y puso en orden todas las cosas pertenecientes á la Religion, hasta que despues de la muerte del Cid ocurrida en 1102, tornó otra vez la ciudad á poder de los moros, en cuyo tiempo pasó á ser obispo de Salamanca y administrador de Zamora. Véase Escolano, Ortiz, P. Miriana y generalmente todos nuestros historiadores.

nas fueron derrotadas muchas veces por Bed-Abad, Rey de los mahometanos almoravides de África, que habian subyugado al Rey musulman de Granada y amenazaban á todas las Españas. Era Alfonso el hijo segundo de Fernando I, Rey de Castilla, y nieto del Rey de Navarra Sancho III llamado el Grande, que nombró tambien Rey de Aragon á Ramiro su hijo natural. García, primogénito de Sancho, heredó la Navarra, la que despues de su muerte prematura recayó en su hermano Fernando. Y he aquí como este reino, uno de los de menos consideracion en España, dió origen á los de Castilla y Aragon que absorbieron insensiblemente todos los demás. No es nuestro ánimo desentrañar el caos de las muchas revoluciones verificadas por los motivos indicados, pues lo que acabamos de decir basta para aclarar los grandes acontecimientos, y darles el interés conveniente. Alfonso por falta de hijos varones dejó sus estados de Castilla y Leon á su hija Urraca, que tuvo por sucesor á su hijo Alfonso Raimundo, nacido de su matrimonio con Raimundo, conde de Galicia (\*).

17. Aterrado el Papa Pascual de las amenazas que los embajadores de Enrique V le habian hecho en

(\*) Murió Alfonso VI de Leon y I de Castilla, no el 29 ó 30 de Junio como dice Berault, sino el 1.º de Julio de 1109. Se hallaba ya largo tiempo agoviado de diferentes enfermedades, y la noticia de la desgraciada batalla de Uclés en que pereció su hijo único D. Sancho quedando vencidos los cristianos aunque con notable pérdida de los moros, vino á agravar sus males y le redujo al último trance. Viendo cercana su muerte, dispuso

Francia, procuró en Italia por todas partes sostener los derechos de la Iglesia, que creía siempre ofendidos esencialmente por el derecho de las investiduras. Salió en consecuencia de Roma y pasó á la Pulla, á fin de asegurarse de los Príncipes y señores normandos que le juraron todos defender la Iglesia contra las violencias del Rey de Germania. Al punto volvió á Roma, y le repitieron la misma promesa todos los grandes. Eran sus temores muy fundados, y el peligro urgente. Declarando Enrique por el mes de Agosto del año 1110, que iba á hacerse coronar Emperador, pasó los montes á la frente de un ejército formidable, seguido de muchos sabios para sostener sus pretensiones con la pluma igualmente que con la espada. Atravesó la Lombardia sin que ninguna plaza osase resistirle á escepcion de Novara, que bien pronto se vió forzada á rendirse. Envió desde Florencia, donde celebró las fiestas de Navidad, diputados á Roma para tratar con el Sumo Pontífice: el sobresalto era general en esta ciudad: sin embargo, logró que el Emperador ofreciese que al recibir la corona renunciaria á las investiduras de las iglesias: que no atentaria contra la vida del Papa ni de

que su hija Doña Urraca, viuda entonces del conde D. Ramon, fuese reconocida y proclamada Reina de Castilla y Leon, quedando el hijo de Urraca D. Alfonso con la Galicia segun la tuvo su padre, y llamado al mismo trono de Leon y Castilla despues de los dias de su madre. Siguiéronse á esta sucesion grandes movimientos y guerras con que se agitaron los reinos cristianos de España por la ambicion del Rey de Aragon, como diremos en su lugar.

sus fieles servidores, ni le usurparia el pontificado. Prometieron los romanos por su parte que el Pontífice, los obispos y los abades renunciarian á las regalías, esto es, á los ducados, marquesados, ciudades, castillos, monedas, mercados y derechos de patronos ó defensores de las iglesias que habian pertenecido á la corona. Juraron estos artículos, y dieron rehenes de una parte á otra; despues de esto Enrique llegó á Roma, donde le recibieron con honor.

Esperábase el Papa en lo alto de las gradas de la iglesia de San Pedro, en donde todo estaba preparado para la coronacion. Postróse el Rey y le besó los pies, y despues se abrazaron por tres veces. Cuando entraron en la iglesia le propuso Pascual que renunciase por escrito á las investiduras segun habian convenido; pero Enrique se retiró hácia la sacristía para conferenciar sobre el particular con los obispos y señores de su comitiva. Fingiendo escrupulizar sobre convenciones hechas inconsideradamente por los diputados, respondieron que no podian ratificar un convenio contrario al Evangelio que manda dar al César lo que es del César (1). Reclamaron al propio tiempo los obispos del partido romano contra la promesa hecha en su nombre; y disputándose vivamente por una y otra parte, uno de los partidarios del Rey, dejando á un lado la ficcion dijo: ¿de qué sirven tantos discursos? Sabed que el Emperador mi amo quiere recibir la corona como ha sido dada á los Emperadores Cárlos y Luis. Habiendo declarado

(1) *Chron. Cass. lib. 4. cap. 38.*

el Papa que no podia consentir en ello, Enrique le mandó al punto arrestar con muchos cardenales, y conducir con violencia á una casa inmediata; y le amenazó con que si no abandonaba las investiduras le haria arrancar los ojos, y aun quitarle la vida. Robaron los alemanes las tapicerías y todos los efectos preciosos que se habian puesto en público para honrar la entrada del Emperador: golpearon ferózmente á los clérigos y á los legos, asesinaron é hirieron un gran número de personas de todos estados, y aun á los niños que habian ido en procesion delante del Príncipe con palmas y flores. Cubrióse en un instante la iglesia de San Pedro de cadáveres, y fue inundada de sangre.

El pueblo romano á esta novedad acometió á cuantos alemanes hallaba, y forzó al Emperador á retirarse precipitadamente á su campo, que estaba á las puertas de la ciudad, llevándose consigo al Papa, á quien despojó de sus ornamentos, y ató como á un malhechor. Exhortaba entretanto el obispo de Tusculum á los romanos á inmolar su vida para contener un atentado mas horroroso que todas las calamidades. „¿Qué desastre mayor, decia, podíamos temer? Gime cargado de cadenas el Vicario de Jesucristo entre las manos de los impíos. Cubre á vuestra Madre la Iglesia un velo tenebroso, la que no se mantiene sino de lágrimas mientras vosotros no agoteis su manantial: ¿qué es lo que puede deteneros, romanos magnánimos? Estos bárbaros cobardes, insolentes cuando cedemos, no pensarán sino en la fuga cuan-

do vosotros querais castigar su insolencia. Pero si es necesaria mayor esperanza para estimular vuestra virtud, confiad en la justicia de Dios y en el poder de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Nosotros concedemos en su nombre indulgencia plenaria de todos los pecados á cuantos perezcan en defensa de tan buena causa.” Obligáronse al punto los romanos, y bajo los juramentos mas terribles, á no prestarse nunca á las miras criminales del Rey Enrique.

18. En efecto, permanecieron siempre fieles al Papa Pascual, aunque el Rey devastó todas sus tierras, procurando seducirlos al propio tiempo con toda clase de promesas y de artificios. No pudiendo por último lograr corromperlos, y no osando tampoco combatirlos, convino en librar al Papa despues de dos meses de detencion, con tal que se le cediesen las investiduras. Protestó por otra parte que él no pretendia dar ni los derechos ni las funciones eclesiásticas, sino únicamente las regalías, esto es, los dominios y las otras ventajas que dependian de la corona. Deshecho en lágrimas Pascual, cedió á las circunstancias y al peligro próximo de un cisma que habia juzgado evitar, segun se esplicó, á costa de sangre; y el tratado fue firmado por diez y seis cardenales, ofreciendo olvidar todo lo pasado.

Coronaron cinco dias despues, en 8 de Abril, al Rey solemnemente por Emperador en la iglesia de San Pedro. El Sumo Pontífice celebró los santos misterios, y cuando llegó á la fraccion de la hostia to-

mó una parte, y la otra se la dió al Emperador diciendo: como ha sido separada esta parte del cuerpo vivificante, así sea escludido del reino de Jesucristo el que violare este tratado. El Emperador despues de la ceremonia regresó á su campo, y el Pontifice con los obispos volvió á entrar en Roma en medio de las aclamaciones de un pueblo numeroso. Era tan grande el tropel, que no se pudo llegar hasta la noche al palacio pontificio. Envió el Emperador ricos regalos al Papa, á los cardenales y al resto del clero. Habia conseguido tambien de Pascual el permiso de celebrar las exequias fúnebres al Emperador Enrique IV, por el testimonio de muchos obispos que juraron haber muerto penitente. Y así al punto que puso los pies en Spira, donde el cadáver permanecia despues de cinco años privado de sepultura eclesiástica y de las oraciones de la Iglesia, congregó á los señores y á un gran número de prelados, y le hizo funerales mas magníficos que los que se habian acostumbrado con ninguno de sus predecesores.

19. Cuando se creía restablecida la concordia entre Alemania y la santa Sede, temiéronse turbulencias en el seno mismo de Roma, y quizás mas terribles aun que todas las que habian ya calmado. Los cardenales, que permanecieron en ella durante la prision del Papa, el obispo de Tusculum que habia alentado tan eficazmente á los romanos contra el despotismo de Enrique, Bruno, obispo de Segni y abad de Monte-Casino, ilustre por su nacimiento, por las honrosas embajadas que habia desempeñado, y mu-

cho mas aun por las virtudes que le colocaron en el número de los Santos, se reunieron con otros muchos prelados mientras el Papa estaba fuera de Roma, y calificando de prevaricacion su condescendencia, dieron y firmaron un decreto tanto contra él como contra la concesion de las investiduras; y muchos de aquellos que habian consentido y adherido al tratado del Papa, se conformaron con el parecer de estos rigurosos censores. Pascual aterrado con esta fermentacion que supo en Terracina, reprendióles por escrito la indiscrecion de su celo, ofreciendo sin embargo corregir lo que solo habia firmado por evitar mayores desgracias. No dejó al propio tiempo de mostrar algun resentimiento contra el obispo de Segni el mas acreditado de los coligados; y bajo el pretesto de incompatibilidad entre las obligaciones de abad y de obispo, sobre lo cual se habia negado antes constantemente á las frecuentes representaciones del mismo Bruno, nombróle un sucesor en la abadía, y á él le envió á su diócesi.

No ahogó esta conducta el descontento. Juntó Pascual en 18 de Marzo de 1112 en la iglesia de Letran un concilio al que asistieron cien obispos, gran número de abades y una multitud de clérigos y de legos, para precaver el cisma de que estaba amenazada la Iglesia (1). Espuso el Papa en términos patéticos el modo con que habia sido tratado y forzado por el Emperador á concederle lo que le habia exigido. „Reconozco, añadió con un humilde candor,

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 767.*

la falta que he cometido en ceder á la fuerza sin tomar consejo de mis hermanos; y á fin de que ni la Iglesia ni mi alma padezcan por esto, deseo que aquí mismo se rectifique mi error. En cuanto á el modo de hacerlo me remito igualmente al juicio de esta santa asamblea, con la inteligencia de que he jurado no inquietar mas al Rey en lo futuro, por lo que no le escomulgaré nunca aun cuando él haya violado su propio juramento. Sea Dios el juez del Monarca y de sus cómplices." Gofredo de Viterbo, que era entonces secretario del Emperador, añade que el Papa quiso hacer dimision del pontificado, y que se despojó al punto de la mitra y de la capa, pero que los padres se las volvieron á hacer poner: resolvieron sin embargo que los mas sabios y los mas experimentados de entre ellos deliberasen con madurez sobre el fondo de la cuestion, para dar la respuesta á la mañana siguiente. Los cardenales Roberto y Gregorio, Leon, obispo de Ostia, Gregorio, obispo de Terracina, y dos prelados franceses, los únicos que habia en el concilio, á saber, Gerardo de Angulema, legado en Aquitania, y Galon de Leon, estendieron entretanto el decreto que Gerardo tuvo el encargo de leer en medio del concilio, el que estaba concebido en estos términos (1): „nosotros todos los congregados en este santo concilio, condenamos por la autoridad de la Iglesia, como opuesto á la direccion del Espíritu Santo y á la institucion canónica, el privilegio sacado con estorsion del Papa Pascual por

(1) *Chron. part. 17. pag. 508.*

la violencia del Rey Enrique, el que juzgamos nulo, y le rompemos absolutamente, prohibiendo bajo pena de escomunion tenerle en consideracion para cosa alguna." Dieron todos los padres su consentimiento con estas palabras: *así sea.*

Enardecido Gerardo de Angulema por aquel ardor de carácter que le precipitó en lo sucesivo en estravíos funestos, tuvo la osadía de llevar el decreto al Emperador; y desempeñó esta comision peligrosa con una firmeza tal, que admiró al Príncipe, y este tuvo desarmada su venganza el tiempo suficiente para que el legado pudiera hacerla inútil. Enrique vuelto de su admiracion, enfurecióse con aquella novedad mucho mas contra la Iglesia y sus defensores, y no tardó largo tiempo en darlo á conocer así.

Entretanto el convenio sacado con violencia del Papa, y anulado ya, causó una agitacion general en el mundo cristiano; celebráronse con este motivo concilios en Francia, Borgoña, Lorena, Sajonia, Hungría, y hasta en la Grecia y la Palestina. Los hombres mas grandes de estos tiempos, Joseerán, sucesor de Hugo en el arzobispado de Leon, el bienaventurado Ivon de Chartres, Hildeberto de Mans, contado tambien entre los santos y sabios de su siglo y el famoso Gofredo de Vandoma, se esplicaron sobre este punto cada uno con mas ó menos energía segun la dulzura ó aspereza de su carácter, mas todos de un mismo modo: y aun aquellos que disculpaban la falta del Padre comun de los fieles como seguida de un pronto arrepentimiento, llegaron á compararla con